

## Ligeros apuntes locales (\*)

# DE RE MARITIMA

### IX (\*\*)

## Del puerto y sus orillas

**E**L puerto y sus orillas forman un pequeño mundo, en el que se desliza plácidamente la vida de muchos menores, durante el verano y de algunos menos en el invierno. Para comprenderlo nos basta hacer una rápida enumeración de los usos a que se destina el puerto.

Desde luego los barcos lo utilizan para cargar y descargar; para refugiarse en casos de mal tiempo; para esperar, si son de vela, que el viento les permita salir empujando las lonas; para sostener la cucaña de botalón; para alegrarnos la existencia con sus pitadas cuando entran, o cuando salen, y para verter en las aguas todos los residuos de la vida desarrollada en el interior de la nave.

Los deportistas lo utilizan para surcarlo con sus botes de vela, deslizándose suaves sobre la blanda superficie de las aguas, o para marcar en la tela azul la línea sinuosa de las embarcaciones a motor que se anuncian por el desagradable ruido que este produce.

Hay quien regatea, ya para llegar antes en anunciado concurso, ya por simple capricho para no dejarse tomar la delantera en ocasión alguna. Muchos regatean también en tierra para conseguir el pescado más barato.

No faltan pescadores en todas las formas que el deporte aconseja; unos pescan con caña, son archivos de paciencia que

(\*) Leídos en el A. C. L. A. de Mahón la noche del 30 de Mayo de 1922.

(\*\*) Véase el tomo XVI, cuaderno de Agosto, (1921).

realizan con bastante asiduidad la caritativa labor de alimentar los peces; otros sueltan el volantín para dejar que buenamente piquen los besugos, animales de suyo tontos y no tan fáciles de ver como de enganchar; otros realizan su labor por etapas, un día dejan la trampa cautivadora en sitio apropiado y otro día van a satisfacer el secreto deseo de descubrirla; yo tengo un amigo que pesca frases antiguas o poco corrientes, hora en su memoria, ora en la de sus marineros y a veces cogiendo al vuelo las palabras que oye a las gentes de mar. Este es uno de los pescadores folk-loricos que tienen en una mano las artes de pesca y en la otra la pluma estilográfica.

Otro deporte que, de cuando en cuando, se practica en nuestro puerto es el de las cucañas de botalón. Siendo marítimo el entretenimiento parece natural que fuera marítimo el premio. Pero no es así, al extremo de la cucaña hay un sombrero. Y hay que ver el ardor con que los contendientes avanzan sobre el madero engrasado, resbalan, se bañan y suben por una escalerilla para volver a avanzar, resbalar de nuevo, caerse al agua y así sucesivamente, con cuatro o cinco muchachos se tiene diversión para toda la tarde, ni más ni menos que con cuatro o cinco comparsas se simula el desfile de un ejército en los teatros.

Los baños constituyen otra forma de utilizar el puerto; hay varios establecimientos apropiados para esta higiénica y saludable expansión del cuerpo, pero en casi todos existe la ventaja de que los baños son triples, uno de agua del mar y dos de sudor, antes, al bajar al puerto y después, al subir a la población. El que se contenta con el baño de agua, es porque protege la industria de los coches de alquiler.

No son las regatas, ni las cucañas, ni la pesca, ni la natación los únicos deportes que se practican en la bahía mahonesa. El baile, la música y la gastronomía tienen también sus cultivadores entre los que encaminan sus pasos a la zona marítima de la población. Ninguna fiesta termina bien si no se acompaña de algún *fox-trot* o *one-steep* ni hay velada com-

pleta sin su audición de fonógrafo, ni día feliz sin comida extraordinaria a orilla del mar, ni *vega* clásica si no se realiza en alguna cala.

Además existe una propensión inevitable a proteger a los nadadores. Cuando algún padre se siente filántropo, suelta a alguno de sus hijos menores y le dice «Anda, a ver si jugando te caes al agua, y hay algún valiente que se gane cuarenta pesetas». Y en efecto, el niño resbala y se cae al mar y un nadador cualquiera que lo vé se arroja a salvarle, lo que consigue con más o menos esfuerzo y... catate un hombre con cuarenta pesetas de premio. Jamás censuraré al salvador que, con todo y saber nadar, expone siempre mucho, pero sí he de proponer a la Sociedad de Salvamento de Náufragos que las pesetas de premio sean a cargo del padre filántropo.

Otra aplicación de nuestro puerto es la de los recuerdos. Pobladas sus orillas por las familias que ocupan las numerosas edificaciones que en aquellas se alzan, desde las pequeñas empotradas en las rocas de Calafiguera junto al Fonduco, pasando por la sucesión de villas hasta la mayor de todas que es Villa Carlos, los pintorescos nombres con que algunos se adornan traen a la memoria parages de feliz recordación para quienes los leen. Tenemos unos baños de *Piedra*, una *Bona Nova*, un *Tibidabo*, una poética *Venecia*, unos *Viveros*.

Y he ahí como sin salir de Mahón podemos realizar viajes nacionales y hasta internacionales.

Y he ahí también porque en ese verdadero *mare nostrum* tenemos un pequeño mundo en el que no faltan ni lugares santos (S. Antonio, S. Felipe, S. Esteban, S. Carlos), ni lugares tristes (dos cementerios), ni lugares benéficos (Hospital, Lazareto), ni lugares tan atractivos como un Kursaal (Liga) y tan poéticos como un rincón de misterio (Cala Llonga).

## X

## Música marinera

El mar ha sido siempre un tópico de copleros y músicos. Todos conocemos perfectamente lo que son las barcarolas. En *La Tempestad*, hemos escuchado un hermoso duo de tiples en que se prometen noches deliciosas, cantándose amor en alegres barcarolas y entre el arrullo de las olas, que es otra música armoniosa... y barata.

Antes que se dijera eso, ya se cantaba por grandes y chicos, profesionales y aficionados, la zarzuela *Marina* donde todo es naval, desde la borrachera del timonel, hasta las tormentas del alma y todo se expresa en música, tan necesaria sin duda al argumento, que como el autor de la letra hubiese expresado algo en lenguaje hablado (aunque no liso ni llano) hubo de ponerle en solfa convirtiendo la zarzuela en ópera, y haciendo que los obreros de un taller de construcción de barcos dieran golpes de martillo al compás de batuta del director de orquesta.

Pasó el tiempo y el arrullo de las olas se oyó en todas partes, en las orillas del mar y en las cimas de las montañas, sin más requisito para la trasmisión que un sencillo piano y un pianista de cualquier sexo que teclease el famoso *Vals de las olas*, de las olas plañideras y mensageras que a fuerza de ser lo primero acabaron para siempre en lo segundo llevándose encargo de no volver para no hacerse más pesadas de lo que fueron.

Otra música que no hemos llegado a oír nunca pero que se nos ha asegurado es típica del mar es la de las sirenas. Confesamos no haber visto ni mucho menos oído a tales especies marítimas. No diríamos lo mismo de las terrestres que abundan en ocasiones más de lo regular.

Otra música marítima es la del interior de los barcos; unas veces se interpreta en pianos, otras las proporciona el rechi-

nar de junturas y tornillos y el batir de las aguas en los costados de la nave. Todos los que han pasado por el duro trance de navegar en pleno temporal habrán sentido adormecerse sus nervios y calmarse sus apuros al escuchar la dulce armonía de mil ruidos combinados; las junturas y tornillos citados, las puertas que se abren y cierran con golpeteo más o menos acompasado, las cadenas rechinando, las maletas y sombreros que bailan entrechocándose y los ayes de los que se marean, coronando aquella algarabía deliciosa que sirve de consuelo al viajero. Yo lo recuerdo bien y casi todos los que de cualquier puerto se han dirigido al de Mahón, habrán tenido ocasión de experimentar impresiones tan agradables como las de esta música coreográfica. Algunas veces el pasaje se divide, unos se divierten y otros se fastidían. Así en cierta ocasión me sucedió en el *Monte Toro*; mientras los saludables pero molestos efectos del mareo me retenían en la litera amenizando la noche a los compañeros de camarote, más resistentes que yo a tan insoportables efectos, una animada reunión pasaba horas de esparcimiento en el comedor y había quién tocaba el piano y había quién bailaba..... y quién maldecía. Esta es la verdadera música naval, la típica sin enlace alguno con las mitológicas de tritones, nereidas y demás habitantes submarinos.

A veces la *música* embarca, pero entonces no se trata de verdadera música marinera, es una música prestada, es música por contrata o música añadida pero sin niuguna relación con lo típico. Más apesar de ello se necesita cierta adecuación del instrumento al medio para que sea viable el propósito de los músicos. Por ejemplo, unas castañuelas en el mar serían tan improcedentes como en la Iglesia. La Música naval es tan refractaria a ellas como la música de la Iglesia, no digamos la celestial, porque esta puede admitirlas en combinación con las panderetas en las pastorelas y demás fiestas de Navidad. En cambio, el acordeón parece apropiado para lanzar sus resoplidos sobre las aguas; todos los instrumentos de fuelle

y, más aún, este que rezonga continuamente y marca el contrapunto de modo bien distinto, pueden armonizar sus ecos con el continuo ir y venir de las olas que parecen también un inmenso fuelle. Pensamos nosotros que

«La barca del pescador  
que espera cantando el día»

como asegura don Juan Tenorio, en la versión zorrillesca debe hacerlo a los sones del acordeón, instrumento que hemos de proclamar muy marinero siquiera porque ahoga las más dulces armonías con los continuos resoplidos de su fuelle.

En nuestro puerto no faltan quienes navegan a compás de grata música: rondallas venecianas de laudes y cítaras, que en pseudo-gondolas recorren la extensión de la dársena en días señalados, podrían considerarse como grato enlace de las armonías terrestres con las marinas; es la música de tierra llevada al mar: es la extensión a las aguas del puerto de las alegrías de la ciudad. Pero, inversamente, los orfeones también esgrimen los asuntos marítimos en sus proezas corales, llevando la alegría, o por lo menos, la actividad del mar a las solemnidades de la tierra; nosotros sabemos que cantan *La Pesca* y que gracias a este y otros cantos, se sabe tierra adentro en que consisten las habilidades de los pescadores, que tan pronto entonan un himno a la poblada inmensidad del líquido elemento como se lanzan a escrutarla para robarle sus vivientes riquezas y ofrecerlas a los demás mortales en forma más o menos poética, más bien menos que más.

En fin; todo en el mar es música, música las olas, música las cadenas de los barcos, música el crugir de las velas, música el canto del pescador, música el silbido del viento y música aquella suprema ilusión concretada en la frase popular que también puesta en música hemos oído

«Dichoso aquel que tiene  
su casa a flote...»

y realiza el prodigio de tener su camarote en alta mar y balancearse a la vez, oliendo a brea, sin peligro de mareo alguno.

XI

Fauna submarina

Nosotros hemos descendido hasta el fondo de nuestro puerto en el «Cosme García», es decir, en el sumergible que lleva como enseña patria la bandera que le fué regalada en Mahón en septiembre de 1920.

Pero quién es Cosme García? La curiosidad de saber quien es este señor que ha dado nombre al sumergible «A-2» de nuestra escuadrilla, es legitima. Y tanto más difícil de satisfacer cuanto que no se logra hojeando los Diccionarios enciclopédicos más recientes.

Según *La Vanguardia*, de Barcelona, en un telegrama que publicaba dirigido desde Mahón, D. Cosme García era un señor que vino de Cartagena a presenciar la bendición y entrega de la bandera de combate al «A-2». Resulta, pues, según aparece telegrafado desde Mahón al popular diario barcelonés, que D. Cosme García era un señor que disfrutaba de las delicias de este mundo, el año 1920, como lo demostraba el hecho de viajar, que las más de las veces, constituye una delicia. Pero D. Cosme García disfrutaba de una cualidad nada asequible a los demás mortales; una cualidad propia de personaje de cuento de hadas o de películas en serie. D. Cosme García era invisible. Porque aquí no le vió nadie.

*Mejor informados*—como diría un periodista al rectificar— podemos decir que dicho señor que en el caso de que viviera ni sabemos por qué hubiera venido a Mahón, ni por qué hubiera dado nombre a un barco que ni había costado, ni le había contado en su dotación, podemos decir, repetimos, que dicho señor ya no habita en este mundo, y tiene por tumba el mar y por féretro un aparato de su invención, que en la historia de los submarinos, sirvió para realizar ensayos que aportaron un grano de arena a la labor heroica, de realizar el

maravilloso descubrimiento que permite a los hombres competir con los peces, como en otro desarrollo científico paralelo, se ha descubierto la manera de que los hombres compitan en sus vuelos con las aves. Pero así como antes de llegar al aeroplano o al dirigible actual hubo el invento asombroso del Montgolfier y las pruebas que marcaron la infancia arriesgada, pero lenta de la aviación, así también antes de Peral, hubo muchos experimentadores de medios de sumersión, que marcaron los primeros pasos de esa revolución técnica que hoy ha alcanzado su completa madurez.

De modo que D. Cosme García, no pudo presenciar el acto de la bendición y el de la entrega de la bandera al submarino «A-2» que lleva su nombre. Así nos lo aseguraron los Oficiales que mandan el barco y creemos que tienen interés y motivos de saberlo. Digamos además, que el héroe científico, era español, y puesto en gloriosa línea con Monturiol y Peral, pudo ofrecer a la historia de la navegación submarina, el tributo de los esfuerzos españoles que tanta y tanta influencia ha tenido para alcanzar el estado actual de esa rama del progreso humano.

Nosotros, en el «A-2» o «Cosme García», descendimos al fondo del puerto una buena tarde de Septiembre, ávidos de conocer algo de la vida en el interior de aquella envuelta de acero y deseosos de aprovechar la inmersión para explorar el fondo del mar. Fuimos varios los *inmersionistas*; autoridades e invitados, todos llevábamos el mismo deseo, todos el mismo buen humor. Alguna de las primeras se permitió un chiste trágico. Sonreímos. Hubo quien enseguida de verse encerrado en la caja móvil se aplicó a observar por el periscopio. De todos modos, yo os diré lo que vimos y lo que no vimos en los cuarenta minutos de nuestro encierro.

Vimos, con admiración justificada, que todo elogio resultaría parco al hablar de los marinos que tripulan el pequeño buque; si su ilustración es prenda de su pericia, su resistencia es garantía del buen servicio que han de prestar. La compli-



cación del manejo de la máquina sumergible corre parejas con el calor de horno que se disfruta en el pequeño recinto. Era verano y día de alta temperatura. Fué imposible resistirla en el traje ligero que cubría nuestras formas y hubimos de desprendernos de las americanas. Cuando por el hueco de la torre asomamos al exterior, ya terminado el experimento, y de nuevo nos abrigamos con la prenda de que nos habíamos aligerado, sentimos frío. ¡Y los valientes y abnegados marinos, soportan la atmósfera abrumadora durante... ¡veinte horas seguidas!!.

Vimos también la serie de aparatos que en caso de hundimiento forzoso, dan aviso de alarma a fin de que se acuda en socorro de los encerrados, para quienes el barco puede convertirse en féretro. Más para que el efecto útil se obtenga y la salvación se logre, precisaba un buque del que ya afortunadamente posee un ejemplar nuestra marina. Un buque que, apesar de su misión marítima, tiene nombre de animal. Se llama el *Kanguro*. El Kanguro, guarda y trasporta en la bolsa de su vientre a sus hijos; el barco-Kanguro, imita al bruto de que toma nombre, recogiendo amorosamente a los sumergibles en la bolsa de su seno. Una vez más la Naturaleza es la maestra más sabia que puede encontrar el hombre.

Vimos, también, una amabilidad exquisita que culminó en agradecido obsequio, rociado con vinos españoles y amenizado con cordiales expresiones de gratitud, y sobre todo, de un deseo insuperable de que el «Cosme García» y sus congéneres, encuentren para la Patria, en las aguas ocultas, el camino de la Gloria.

Pero, junto, a estas observaciones *de buena fé*, el humor avisgado que la alegría de la experiencia nos producía, invítanos a practicar otras de orden externo. Buscamos las especies de nuestro puerto y, la verdad, no quedamos muy satisfechos de la exploración.

Tiburones, no vimos ninguno. Pero ello era cosa natural. Los tiburones están en las playas, según dice la conocida

copla de *Marina*, obra técnica, por la que muchos españoles nos hemos enterado de las cosas del mar.

No enseñes en la playa  
la pantorrilla  
que hay muchos fiburones  
junto a la orilla

Nosotros, ni estábamos en la playa, ni cerca de ella, así es que era imposible encontrar al terrible escualido.

Tampoco vimos a la feroz Tintorera. Otra lección zarzuelera nos enseña que suele estar junto al mar.

Estaba Margarita  
sentada junto al mar  
cuando una tintorera  
la quiso devorar.

Y nosotros estábamos dentro del mar y no junto al mar.

Nos preocupó saber si había sirenas en el puerto. La sirena es pez femenino y armonioso. Hombres solos y sin música a bordo, la contemplación de una sirena hubiera significado una agradable distracción para todos. Pero ¡bah! aquí no hay más sirenas que las de los vapores-corres y algunas resultan muy estridentes.

No vimos las de carne y hueso, pero bien mirado no quiere ello decir que no las haya, pues ya se sabe que la *Sirena es engañadora* y puede habernos dejado en la engañosa creencia de que no surca nunca las aguas de nuestra rada. Decimos esto para que no desesperen los pescadores, que tengan preferencia por esta especie marina.

No tuvimos tiempo de más; nuestra exploración quedó limitada a lo expuesto y como se vé, resultó negativa.

Pero, en cambio, encontramos en el fondo del mar una especie zoológica que no había sido objeto de nuestras imaginaciones. Allí, un canario, en su jaula, cautivo entre rejas y entre planchas comunicaba a todos la alegría del vivir con su *piar* constante y su movilidad sin tregua. El animalito, en el medio acuático, era el centinela avanzado que daba el aler-

ta cuando la atmósfera viciada del pequeño hueco, trataba de iniciar su mortífero ataque a la vida de la arrojada tripulación.

## DE RE.... NO MARITIMA

### XII

#### La enfermedad plácida

Una buena mañana de invierno descubris en vuestras fosas nasales cierta suavidad que se diluye en un humor medianamente molesto. Vuestro pañuelo de bolsillo entra en funciones con frecuencia inusitada. Poco a poco la segregación va en aumento, una brizna en el aire hiriendo la pituitaria provoca un estornudo, otro despues, otro más tarde... Estáis bajo el peso abrumador de un resfriado. La cabeza os duele y por precaución os meteis entre sábanas. Y así pasais veinticuatro horas a dulce dieta, de aguas más o menos aromáticas y de leche más o menos jugosa. A veces, las veinticuatro horas se prorrogan hasta cuarenta y ocho o setenta y dos; a veces, el resfriado se trasforma en la *grippe*, esta en la bronco-pneumonía, la bronco-pneumonía os lleva al sepulcro y cae sobre vosotros la fosa del olvido... Lo que ocurre después de esto, no nos incumbe ahora. No nos referimos a ello, sino a la convalecencia. La convalecencia es una enfermedad plácida, sin las molestias de la enfermedad, pero con la placidez de los cuidados que os prodigan los vuestros y que os prodigais vosotros mismos.

Yo he pasado alguna vez por el plácido trance de una convalecencia de enfermedad ligera sufrida en Mahón. Yo he sentido en esos días de suave dolencia, de laxitud a la vez patológica, psicológica y filosófica, la nostalgia de la calle, la nostalgia de los sitios donde mi actividad se ejercita, la nos-

talga de las conversaciones acostumbradas. El ambiente casero me envuelve y hago vida *interior*, por decirlo así, sin que del exterior me entere más que por referencias o por indicaciones.

Así, por ejemplo, el viento azota los cristales de la ventana por la que penetra la luz en mi habitación y yo, al lado de un brasero donde el fuego se halla en toda la plenitud de su potencia calorífica, oigo el chirriar del atmosférico elemento que mueve los cables, limpia los tejados y golpea las persianas. Yo adivino todo esto y noto que despiertan en mi los sentimientos de piedad que dormían, a causa de mi estado patológico; deduzco cual será la trabajosa marcha de los que cruzan las calles, el peligro de una teja desprendida de un alero, el de un cable caído en pleno funcionamiento, el angustioso trance de los viajeros que cruzan el golfo de Lyon en busca de nuestro abrigado y aireado puerto....

Conque avidez se espera la salida de la prensa local para enterarse de lo que ocurre en el Mundo! Quédase uno recluido en pequeña habitación y se entera con una hojeada sencilla de la vorágine arrolladora de los sucesos; sin moverse del sitio vé ante sus ojos desarrollarse cuanto la Prensa indica y toda la quietud de sus miembros se convierte en pasmosa actividad de su imaginación.

Para no deslizar las horas en la vagancia, que tiene en la suave dolencia una acomodativa justificación, acaparais toda la asiduidad de uno de vuestros deudos, y haceis que os entretenga jugando con vosotros a las cartas, a las *senas*, o a cualquiera de los honestos pasatiempos que ha ingeniado la inagotable fecundidad del hombre para perder el tiempo deliciosa o distraidamente. Recibis visitas y os enteráis de las cosas de la localidad; os sentís caprichoso y los vuestros acuden presurosos a satisfacer vuestros caprichos y mientras el tiempo muéstrase atrabilfario, vosotros le poneis buena cara y sonreis en vuestra concha, exclamando satisfechos: Soy un enfermo, tengo los derechos del enfermo y el frío y el aire y

el agua tienen la obligación de respetarme, los amigos le de agasajarme con muestras espléndidas de su cortesía excelente y los parientes la de aguantarme dando muestras de una servicialidad a prueba de mis caprichos y genialidades.

A una salud agitada por preocupaciones y trabajos, es siempre preferible una enfermedad plácida mantenida con halagos y asiduidades, una enfermedad capaz de satisfacer a cualquier hombre sano.

### XIII

#### La tradición de Noche-Buena

Que es la tradición? Es el paso de una noticia de una generación a otra. Así, sencillamente dicho, la tradición es algo de una sencillez angelical. Y no hay también tal sencillez.

Veamos para demostrarlo, lo que pasa con la tradición de Noche-Buena. Examinemos las distintas clases sociales, examinemos las distintas edades y las distintas profesiones y deduciremos en consecuencia que lo tradicional es distinto para cada una. Convienen todas en un principio, principio que aceptan aún aquellas personas a quienes la fé no ha iluminado su corazón y por lo tanto excluyen de lo tradicional todo su fondo esencialmente religioso. Con motivo o sin motivo, al llegar o al aproximarse la Noche-Buena de la cristiandad, todos, cristianos y no cristianos, grandes y chicos, altos y bajos convienen en un principio tradicional. ¿Cómo se enuncia este principio? Será adecuada la palabra *divertirse*? No es esto en esencia, la que se procura? Pues aceptemos la palabra, pero aceptémosla en toda su complejidad. Y ahora, veamos como se entiende eso de la diversión en Menorca.

¿Cómo se anuncia la llegada del fausto acontecimiento tradicionalmente repetido año tras año? Basta seguir la caída

de las hojas de calendario para advertirlo; basta observar la caída de las hojas de los árboles para sentirlo; basta sufrir los primeros fríos y darse cuenta de que se altera el itinerario de los vapores-correos. Ello es seguro. Pero hay otro presagio (llamémosle así) más típico y que no falla nunca. Es la inundación de papelitos de colores. No hay escaparate donde pegado al cristal, o descansando en la estantería, no se vea algún papelito de color con un número; a veces esos papelitos no se resignan al encierro del escaparate y vuelan por las casas; a veces no es un escaparate sino una simple puerta de cristales la que exhibe orgullosa el pintoresco y ocasional adorno; se dan casos de que ni siquiera haya cristales en la puerta, como ocurre en algún fielato de consumos... Lo notorio es que los papelitos de colores detienen el paso del viandante, porque los ojos se fijan en ellas. Esos papelitos son de distintos colores, blancos, rojos y amarillos con preferencia pero esos colores no son los adecuados, les correspondería el verde; llevan aquellos, sin embargo, para despistar. El adecuado es el verde porque este es el emblema de la esperanza y aquellos papelitos que tienen una misión más seria que la de los papelitos de *confetti*, que arlequinescamente hacemos llover en Carnaval, son el ofrecimiento de la esperanza. Al encontrarnos frente a tales papelitos sentimos la comezón de adquirir uno de ellos y cuando ya es nuestro, la esperanza nos mantiene ilusionados hasta el 22 de diciembre. Es verdad que el que espera, desespera, pero la Esperanza es una virtud y los que nos la proporcionan nos colocan en el terreno de la virtud. Y en esta lucha noble y de un interés mínimo, que no pasa del diez por ciento, rivalizan el sereno, el consumidor, las acomodadoras, y hasta simples particulares que se muestran deseosos de regenerar a nuestra sociedad degradada con pequeñas dosis de esperanza. El día 22 suele llegar la desilusión, pero ¿quien nos quita los días de virtud que hemos pasado?

Otro precursor de la Navidad, es el *turonero*; como las

golondrinas, viene anualmente y dispone su establecimiento en el primer local céntrico que encuentra desalquilado. El *turronero* no es ya un tipo exótico, sino algo consubstancial con nuestra vida local; no podemos concébir unas Pascuas y un fin de año, sin ver al industrial de Jijona, recostado sobre el quicio de la puerta, cubriendo su cabeza con el típico sombrero alicantino que a no ser por él, sólo podríamos conocer por las viñetas que orlan algún mapa de España o por las colecciones de tipos y trajes regionales que evocan pasadas edades. Porque nosotros nos permitimos preguntarle, si en su país solían exhibir la típica montera y nos manifestó que en su país la gente vestía como en los demás de España y que solo escasa gente del campo, aislada del movimiento expansivo de uniformidad en los indumentos, conservaba la costumbre del sombrero ya casi legendario. Pero él y sus paisanos lo usaban dentro de sus establecimientos de temporada para estar en caracter. El sombrero es la garantía de autenticidad del turrón. No es posible que un turrón sea de Jijona, si el que lo expende no cubre sus sienes con la montera del país. Muchos ofrecen como garantía una firma, una contraseña, un precinto especial; nuestro buen amigo el *turronero* alicantino, tiene como firma, contraseña y precinto el sombrero regional, que no es sólo marca de fábrica sino también prenda de abrigo.

En el intervalo de los fenómenos precursores a la auténtica Pascua, suelen abrirse los teatros; algunos años resucita la ópera que hacía felices a nuestros mayores. Véanse por las calles caras nuevas; separándose de lo corriente se ven señoras en pleno día en algún Casino y en las pizarras despiertan nombres dormidos en el recuerdo de los *dilettanti*; se habla de los precios del abono, del frío irremediable del Principal, y se evocan episodios pretéritos. Ah! el tenor que durmió en la cárcel por querer cantar *El Trovador* en traje de calle con *casco y espada*; el tenor abucheado y expulsado de la escena porque la *señora empresa* no había atendido sus manifesta-

ciones sobre el estado de la *gola*; las bailarinas que alegraban al sexo fuerte en tiempos ya casi remotos; la llegada de los artistas italianos cuya indumentaria, *posse* y ademanes los distinguían al punto del común de los mortales, etc., etc. Todo ello son recuerdos; la realidad es que llegan unos señores muy apreciables y que si fuera posible algunos merecerían mayor aprecio de no torturar sus nombres para hacer que terminen en punta. Veis un *Vaquerini*? pues es un Vaquer de Tarrasa o de Puigcerdá; veis un *Sabatini*? pues es un Sabater del IV distrito de Barcelona; veis un *Colini*, y resulta un Coll del Bajo Ampurdán. A veces lo vuelven del revés, pero siempre resulta que el arreglo del nombre no influye poco ni mucho en su voz.

Las funciones empiezan; el público amante del arte apronta las pesetas, aplaude entusiasmado al que da notas más altas y la Empresa, indefectiblemente, pierde. Esto si no es tradicional, lo va pareciendo.

Las funciones se interrumpen algunos días. Son los días de los *Belenes*.

Conocemos perfectamente como se arma un Belén, en sentido figurado, en significación metafórica de una alteración violenta de las relaciones apacibles que unen a las gentes; también conocemos lo que es un Belén en el sentido bíblico vulgar. De los primeros Belenes son pocos los que se presencian en esta Isla cuyos naturales son de tranquilo temperamento. De los segundos, más comunmente llamados Nacimientos, algunos podemos admirar dispuestos con arte y buen gusto. Pero los típicos, entre nosotros, son otros Belenes. Son los Belenes de dulces, licores y vinos superiores. No hay confitería, ni pastelería, ni colmado que no celebre las fiestas más solemnes armando su correspondiente *Belén*. Porque es de notar que estos no son exclusivos de Navidad; los hay en Todos Santos *por mor* de los famosos panecillos, los hay en Semana Santa gracias a los caramelos largos o chupones, etc., etc.



En los belenes de esta ocasión el incentivo principal lo constituyen los turrone; los hay de todas clases; de yema, de coco, de piñones, de almendras y de todas procedencias; de Gijona, de Alicante, de Ciudadela, y de todas las cataduras; blando, duro, pétreo, con las que pueden satisfacerse todos los gustos. Alternando con el turrón vense otras golosinas igualmente apetitosas, como la confortante yema, el suave tocino dei cielo, el dulce amargo, etc., etc. Y entre los licores también los hay de todos géneros, unos son estomacales y otros antiestomacales. El conjunto suele verse presidido por culebras de mazapán habilmente envueltas en encajes de azúcar con unas hojas de almidón que imitan la hierba entre la cual se desliza el empalagoso ofidio. Bombones y caramelos a granel rellenan los huecos de este Belén que más parece preparado para iucitar a los pecados capitales que para glorificar el santo advenimiento del Mesías.

A veces, depende de la tolerancia de la autoridad, en la plaza del Carmen se establece un mercado pintoresco; es el mercado aleatorio. Allí todo se compra por suerte; es decir, allí el comprador paga siempre pero solo recibe el género algunas veces. Probando la suerte, unos se encaminan al puesto de los pavos; otros al de las botellas; otros al de los objetos de plata, según las aficiones de cada uno. Los vendedores tienen asegurado el negocio de antemano, pero el público regocijado no para mientes en ello y despues de sufrida la decepción de la Lotería Nacional, prueba fortuna también en las ruedas desniveladas de las rifas mas modestas de la víspera de Navidad.

En ocasiones tales recibimos muchas felicitaciones. Nos enteramos, con gozo, de lo bien que nos quieren todos los que nos sirven. Modesto y desinteresado viene a felicitarnos *El mejor barrandero de la calle Nueva*. Nosotros correspondemos a su cortesía con un obsequio en metálico. Nos felicitan también el cartero, el ordenanza de telegrafos, el mozo del Casino, la criada, el criado, todos en fin, pero todos en

general con el mismo desinterés, sin perseguirnos, y sin deprimir con el elogio de sus servicios el servicio de los demás. Unos llaman a nuestra puerta y nos entregan la tarjeta que a veces está versificada y desea...

que paséis como milores  
las Pascuas de Navidad;

a veces la tarjeta os felicita lisa y llanamente sin graduar la felicidad que os desean tomando felicidades ajenas como tipo de comparación. A veces os alargan la tarjeta en una bandeja, al momento de cobraros un servicio, en el Casino o el Café. El dependiente de peluquería, adopta un sistema de cómoda insistencia. Os dirige la felicitación desde el espejo; en el cristal con gruesas letras de tiza queda marcada una sencilla frase de parabien que estais obligados a leer aunque vuestra voluntad proteste. Es posible que bajeis la cabeza y eviteis el encuentro de vuestra vista con la halagadora manifestación de cariño que os hacen aquellos dependientes. Pero, estais equivocados si pensais con ello eximiros de la correspondencia justa a profesión tan expresiva de cordialidad. Cuando vuestro servicio haya terminado el dependiente os invitará a miraros en el espejo y entonces... entonces... no será vuestra faz recién rasurada la que se refleje en la amplia luna; vuestra faz será, sí, pero cruzada por líneas de letras grandes como si en ella os hubieran escrito una frase de felicitación.

El sereno todos los años entabla un pugilato con los demás *felicitanes*. Nadie como él tiene derecho a felicitaros. El os lo dice así, en verso que vosotros leéis regocijados, aunque las Musas protesten. El sereno nos supone siempre acechados por el mal que ronda nuestra puerta. ¿Qué sería de nosotros si el sereno no lo ahuyentara? El nos asegura llenos de un secreto afán que el solo adivina, mientras nuestro mejor amigo ronca en la mayor de las impasibilidades. Cómo realizaríamos nuestro afán sin el decidido auxilio del sereno? Sale después del terreno de lo misterioso y nuestro celoso guardian compara sus servicios con los del aguador, del lechero, *del*

*barbas* (!), de la *estropajosa* (!!)... porque, veamos—y esto se nos ocurre a nosotros—¿es acaso el aguador quien llama a la comadrona?; ¿es por ventura el lechero quien os despierta los días de madrugón?; ¿será tal vez el *barbas*, castizo, el que os defienda contra los ladrones?; ¿sabréis como está el cielo a la una de la noche por la *estropajosa*? No, todos esos auxilios y esos conocimientos, sólo el sereno os los suministrará. Por eso, os dice con sobrada razón

. . . . .  
 ¿Quién es mayor acreedor  
 a tu bondad dadivosa?  
 ¿El lechero? ¿El aguador?  
 ¿El *barbas*? ¿La *estropajosa*?

Y para sintetizar, en fin, nuestro hombre simboliza todos los servidores que puedan felicitarnos en un tipo, cuyo feliz descubrimiento permite establecer toda una figura poética. Ese tipo es

¿El mozo de grasa lleno?

Y en seguida, como diciendo—Cá hombre, Vds. se equivocan, el mayor acreedor a vuestra esplendidez es

¡¡El sereno!!

Poco antes de gratificar al sereno, pensamos bien en ese mozo *de grasa lleno*, que lo mismo puede ser un muchacho adiposo cuya grasa invada lo más íntimo de su ser, que un maquinista o un tendero de comestibles, pues la frase es un feliz hallazgo del autor, por la extensión de su significado. Nos permitimos creer, sin embargo, que el sereno ha pretendido solamente ampararse en un *consonante*. El mozo lleno de grasa, no hubiera merecido a nuestro felicitante la misma atención que el mozo de grasa lleno.

Pero dejando a un lado estas reflexiones tan pueriles como la razón de las felicitaciones, cerremos estos detalles de la tradición popular de Noche-Buena y cerrémoslos en la misma Noche-Buena, después de oír en alguna Iglesia la Misa llamada del Gallo y cuando la gente joven pasea su alegría por

las calles arrullando a su modo el sueño de las personas pacíficas; digamos, solo, con el villancico

que no es noche de dormir

y que tal vez por ello es elegida por mucha gente moza para hacer su debut en el mundo de los trasnochadores.

Ello es lógico; debe celebrarse la llegada del Mesías que ha de expulsar del templo a los dioses paganos; justo es iniciar la colaboración a la buena obra rebelándose contra Morfeo.

Y no pasemos de aquí, porque lo que sigue entra en los dominios de la gastronomía o en los del médico... que a menudo se dan casos.

José Cotrina.

(Continuará)



## GALLERIA MINORQUE

# LAS MINORCAS

## COMO REGENERADORAS DE NUESTRAS CASTELLANAS, ANDALUZAS O MENORQUINAS

**N**o se asombren nuestros lectores si escribimos *Minorcas* en vez de Menorcas o Menorquinas.

Vamos a tratar de la raza descendiente de nuestra gallina negra española, que por encontrarse en Castilla, Andalucía e Islas Baleares, en mayor o menor abundancia, admite los tres nombres y es, a nuestro juicio, el verdadero «*Gallus hispaniensis*» y no la raza de Cara blanca así llamada por el inmortal Buffon, que no existió jamás en España como ave indígena del país.

Si inglés es el tipo de gallinas del que vamos a tratar, de

intento quisimos respetar la escritura del nombre, tal cual allá en Inglaterra se escribe, pues de llamarlo a la española *Menorca* o *Raza Menorquina* podría creerse que nos referimos, en lo esencial, al tronco ancestral de aquellas famosas gallinas que, aunque de sangre netamente española, han sido habilmente seleccionadas por los ingleses.

Si se nos preguntara qué diferencias existen entre la *Minorca* y la Menorquina, Castellana o Andaluza negra, claro está que las estableceríamos, llegando a puntualizarlas de acuerdo con el Standard o Patrón de las primeras, que no coincide en todo con el de sus parientas españolas; pero, por lo que afecta al objetivo de este artículo y para que nuestros lectores tengan idea de ello, creemos ha de bastar con que se diga que las *Minorcas* son Menorquinas, Castellanas o Andaluzas negras más grandes, más esbeltas, más altas de patas, de plumaje más brillante y más igual, con cresta de seis puntas, como Patrón, cuando las de nuestra tierra la tienen de *numeración variada e indefinida*, con cresta lisa, perfecta, derecha en los gallos y grande y bien caída en las gallinas; cuando por acá, aunque caiga, cae a su antojo y después de mil repliegues, que en las *Minorcas* sirven de descalificación. Agreguemos a ello la blancura y perfección de las orejillas en las *Minorcas*, generalmente no vista en las Castellanas y próximas parientas, así como la ausencia absoluta de la cola derecha o cola de ardilla, que en las últimas suele verse y que a las *Minorcas* inglesas las descalifica, como es hora ya de que descalifique a toda gallina de por acá, llámenla como quieran, mientras sea de origen mediterráneo o meridional.

Aun podríamos agregar que en las *Minorcas* el dorso y rabadilla son largos y derechos, en tanto la generalidad de nuestras Castellanas, Andaluzas o Menorquinas los tienen, como vulgarmente se dice de los caballos, *ensillado* o arqueado, y finalmente que se ve en su conjunto una serie de detalles, reflejo del esmero con que se han venido cuidando desde hace cien años, en tanto por acá no supimos apreciar, o por

lo menos no atinamos en el modo de sostener y aun mejorar lo que teníamos.

Algunas veces, escribiendo de este mismo asunto, comparamos el caso de nuestra vieja gallina española negra con el de los famosos Carneros Merinos, un día gloria y orgullo de la Ganadería española y hoy ni sombra de lo que fueron, en tanto Francia primero, después Inglaterra y Australia, como hoy los Estados Unidos y las Repúblicas hispano-americanas del Plata, los poseen mejores que nosotros.

Reparemos pasados errores, reconozcamos que perdimos tiempo y que en otros países se sacó partido de lo que por acá tuvimos antes que ellos y procuremos siquiera recuperarlo, ya que, por ley natural, es en España, su país originario, donde debieran criarse para surtir a los criadores extranjeros.

En la Exposición Mundial de La Haya, los españoles presentamos Castellanas negras que, apenas abierta la Exposición, fueron adquiridas por los extranjeros, especialmente por ingleses, los cuales nos decían: «¡He aquí el verdadero tronco de nuestras *Minorcas!*»; y razón tenían para decirlo, pues aunque algunos autores extranjeros hayan escrito diciendo que si bien las *Minorcas* derivan de una raza originaria de España, se modificó luego por su cruzamiento con otras extranjeras, nos atrevemos a sostener que en las *Minorcas* (salvo descendencias de caprichosos y fatales ensayos) se mantiene purísima la sangre española, mejorada tan sólo por el medio y por la selección a que la sometieron los criadores ingleses desde lejanos tiempos.

Que el tipo *Minorca* actual en mucho se diferencia de la gallina Menorquina, que le dió origen, es cosa sabida y vista; pero nótese que en él no hay variación de caracteres esenciales, ni en lo morfológico ni en lo fisiológico, y que las diferencias sólo se refieren a la fijación de caracteres salientes y al mejoramiento de las formas y del volumen como efecto del buen gusto y de una refinada atención por parte de sus criadores, así como en el aumento de su habitual postura resultante de una no menos escrupulosa selección.

Algunos autores extranjeros han escrito que las modernas *Minervas* derivan de las descendientes de las que en 1830 se llevaron a Inglaterra desde la Isla de Menorca, donde abundaba la gallina Mediterránea negra, las cuales luego se cruzaron con otras razas extranjeras, pero basta saber algo de Avicultura y algo más de Zootecnia para salir al encuentro y refutar tales afirmaciones, ya que en ello nos ayudan los hechos que ponen de manifiesto el error.

¿Cuáles son las razas de las que se dice fueron cruzadas con las viejas *Minorcas*?

Háblase de que las modernas *Minorcas* se formaron con sangre Langshan, y otros dicen que con la de Cochinchina negra, y no se considera que, de ser así, en la descendencia el huevo sería pequeño y colorado, que la blancura de las orejillas, así como el desarrollo de la cresta, se hubiera perdido, y que parte de la descendencia surgiría aún con plumas en las patas, como frecuentemente se ve en las Orpingtons descalificadas, como reflejo de la sangre asiática que William Cock empleó en su formación.

Entre Langhans y *Minorcas* no hubo más relación que la que originó el mestizaje de William Cock para la creación de sus Orpingtons, en las cuales, como puede verse aún, jamás logró desapareciera el volumen, la pesadez de formas, la coloración roja de las orejillas, así como la del huevo y el pequeño volumen y peso de éste, características que las Orpingtons heredaron de las Langshan y de otras razas asiáticas más adelante empleadas para la formación de nuevas variedades.

Que hubo conatos o intentos de cruzamientos para modificar el tipo de las viejas *Minorcas*, es innegable, y librenos Dios de negarlo nosotros cuando el patriarca de la Avicultura británica, Lewis Wright, en su famoso «The new Book of Poultry» (El nuevo libro de las gallinas) lo reconoce y aun cita los ensayos hechos cruzando las *Minorcas* con La Fleche, con Cochinchinas negras, con Combatientes negras y con Langhans; pero a renglón seguido nos dice que el de las

La Fleche fué un enorme fracaso; que el de las Cochinchinas negras, hecho hace casi cincuenta años, no sirvió más que para colorear el hermoso huevo blanco de las gallinas de raza española; que el de las Combatientes negras sirvió sólo para cambiar la faz de las Minorcas, dándoles el aspecto salvaje de aquéllas, a la par que el color rojo en el iris de sus ojos, y que el ensayo con Langhans no hizo otra cosa que hacer perder a la descendencia de las Minorcas la calidad de superior ponedora y la buena condición de no ponerse clueca.

*«Mani firmly believe some cross has been of late imported into the Minorca; I have done my best to find out, and do not believe it.»* (Capítulo XXVI, pág. 401, edición de 1915).

La versión esencial castellana del párrafo inglés de Wright es la siguiente:

«Algunos creen firmemente que después de su importación las Minorcas fueron sometidas a varios cruzamientos. Yo he hecho cuanto ha sido posible para convencerme, pero no creo en ello.»

Esta opinión de un inglés de tanta valía como Lewis Wright, el primer y más notable escritor del Reino Unido, basta para reconocer la pureza de sangre de las Minorcas, sin que ello quiera decir que no sea cierto que algunos intentaren cruzarlas, pero reconociéndose que los cruzamientos no se sostuvieron ni dieron resultado como no fuera para fines puramente utilitarios, pero no para la modificación del tipo ancestral.

La raza *Minorca* inglesa es, pues, la vieja raza que aun aquí tenemos, pero sabiamente mejorada, y en las Minorcas está la salvación, mejor dicho, la regeneración y el mejoramiento de la mejor raza de gallinas ponedoras que tiene España. Aun mejor sería si se refrescaba su sangre con el elemento *Minorca* inglés puro, no a título de cruzamiento, porque, lo repetimos, se trata de la misma sangre, aunque modificada o mejorada por el medio y por la selección, y, por lo tanto, no habría en ello verdadero cruzamiento.



La demostración está patente y ha de verse ahora con motivo de la Exposición de Avicultura que tendrá lugar en Madrid en el corriente mes.

Aunque presentadas bajo el nombre de Castellanas, fácil ha de ser a los inteligentes distinguir las aves netamente Castellanas o Andaluzas negras, de las que fueron ya mejoradas con sangre *Minorca* inglesa, según venimos preconizando desde tantísimos años.

Las verdaderas Castellanas de otros tiempos, las que el Duque de Sexto y el Conde de las Navas crearon en «El Gallo de Plata», de Algete; las que Federico Vilches tuvo en Málaga; como los Guerrero en Jerez de la Frontera, los Camino en Sevilla, los Sitjar y Saforteza de Mallorca y Girona en Cataluña, hoy ya no se ven entre los modernos avicultores y sólo se encuentran todavía en los cortijos castellanos, andaluces, leoneses y baleares, pues las primitivas *Minorcas* introducidas en España hace ya más de veinte años, difundieron su sangre entre los buenos criadores y son ya varias las Granjas que han surtido de gallos *Minorcas* puros y de Castellanos ya mejorados con sangre *Minorca* a toda la Península.

La unión de gallos, ya mejorados con sangre *Minorca* pura, con las gallinas negras de Castilla, de Andalucía y de cualquier otra región española donde se cultive esa raza, mejora a su vez los productos a la primera generación, y la mejora es aún más sensible si se les dan gallos *Minorca* puros y recién importados.

El mejoramiento afecta a las formas, volumen, líneas y características principales de la raza, pero aunque menos a la vista, la mejora también en su vigor y en el aumento de la postura. Ello es como efecto de la unión entre individuos de distintas familias y de alejados orígenes, aunque dentro de la misma raza, es decir, sin cruzamiento ni producción de media sangre, pues la sangre es la misma, aunque activa y robusta de una parte, y vieja ya y decrepita, por falta de selección y medio favorable, de la otra.

Véase, pues, para que puede servirnos ese tipo Minorca tan bien representado en la lámina alemana que adorna la cubierta de este número. Tal vez sea difícil dar con gallos y gallinas de características tan pronunciadas como los que se presentan en la lámina, pero al seleccionar ténganse presentes y hasta ténganse también a la vista si es posible, para que sirvan de modelo buscando los gallos y las gallinas que más se aproximen o que más se asemejen al citado patrón.

A título de curiosidad ilustramos también este número con un grabado de la obra de Wright, representando las Minorcas corrientes en Inglaterra y otros dos representando las Minorcas americanas de cresta sencilla y las de cresta doble.

Poco ha de importar al criador de Castellanas negras lo que le cueste un gallo semental Minorca, pues en su primera descendencia se resarcirá de lo que gaste en su adquisición.

Dése el gallo mejorante a sus hijas y hasta a sus nietas, si le alcanzan las fuerzas, o sígaseles dando otro gallo puro Minorca durante cuatro o cinco generaciones. Así la vieja sangre de las Castellanas no sólo será mejorada, sino que, absorbida por su similar mejorante, acabará por desaparecer, y en pocos años y merced a un clima más adecuado, produciríamos «Menorcas» españolas hasta para exportar. Nótese que por esta última vez ya no escribimos el nombre a la inglesa, sino que lo hacemos como cosa nuestra y de nuevo absolutamente española.

**Salvador Castelló**



## Medallón conmemorativo de la coronación de Jorge I de Inglaterra (1714)

A mi distinguido y respetable amigo  
el Excmo. Sr. D. Bartolomé Maura y  
Muntaner.

**E**L raro ejemplar que nos ocupa, y que bien pudiera ser el único en su clase, se halla constituido por dos piezas distintas: la medalla conmemorativa de la coronación de Jorge I de Inglaterra, y una corona circular que la circunda y en la que va engastada.

Esta preciosa joya, de oro y esmalte, fué adquirida, junto con su correspondiente cadenilla, de oro también, por el Dr. D. Antonio Ramis y Ramis, allá por el año 1832, pagando por ella cuarenta y cuatro duros <sup>(1)</sup>. En 30 de marzo de 1833, dicho señor, en carta dirigida, desde Mahón, a su amigo D. Joaquín María Bover de Roselló, de Palma de Mallorca, le describe el citado medallón, si bien deja de consignar en su escrito su peso y sus dimensiones <sup>(2)</sup>.

Mi estimado amigo don Juan Flaquer y Fábregues, Notario de Alayor, que no había podido examinar el ejemplar de referencia al tratar, en su interesante artículo, de las «Medallas inglesas relativas a Menorca» <sup>(3)</sup>, se limita a transcribir las notas publicadas por el Dr. Ramis ampliándolas con otras entresacadas de manuscritos inéditos del citado Doctor. De

(1) Véase REVISTA DE MENORCA, 5.ª Época, tomo IV.—1909, pág. 353.

(2) Id. id. id. id. id. id. 356.

(3) Id. id. id. tomo IX.—1914, págs. 232 y 233.

estas notas se desprende que dicho medallón «fué regalado por el Soberano al doctor Don Francisco Sancho, en ocasión en que este pasó a Londres así para cumplimentar a la Reina Ana por la adquisición de Menorca, como para tratar a nombre de estos Pueblos sobre el sistema de gobierno que sería más análogo a los Menorquines, en virtud de la invitación hecha por aquella Corte.»

El medallón, sin la cadenilla, se halla hoy en poder de mi querido amigo D. Fernando Vives Escudero, quien me ha permitido sacar la reproducción fotográfica que ilustra el presente trabajo.

\* \* \*

El medallón, que, como ya se ha indicado, es de oro y esmalte y consta de dos piezas, pesa 46'4 gramos y mide 50 milímetros de diámetro, llevando un fiador con su correspondiente asa movable.

#### **Pieza central.**

Medalla de la coronación de Jorge I de Inglaterra.

#### *Anverso:*

GEORGIVS . D : G . MAG : BR : FR : ET . HIB : REX .

Busto del Rey, con armadura romana y laurea, vuelto a la derecha.

En el tronco las iniciales . I . C . de Joannes Crocker, famoso grabador de la zeca real de Londres y celebrado autor de las monedas y medallas de oro y plata acuñadas durante los reinados de la Reina Ana y de su sucesor.

#### *Reverso:*

El Rey sentado en un sillón, en forma de concha, vuelto a la derecha, sosteniendo con su mano izquierda globo con cruz y con su derecha el cetro. Delante, y en pié, la Gran Bretaña, armada de lanza y escudo, coronándole.

*Exergo:*

INAVGVRAT . XX . OCT .  
MDCCXIII .

Diámetro: 35 milímetros. La medalla es extremadamente bonita y muy conocida de los coleccionistas.

**Pieza complementaria.**

Es la que da al medallón que estudiamos el carácter de raro y tal vez de único. Afecta, como ya se ha dicho, la forma de una corona circular, de 8 milímetros de anchura; por su borde interior y resaltando por ambas caras corre una moldurita que sirve para sujetar, engastada, la medalla.

Sobre la faja central de esmalte de color azul subido, de 5 milímetros de anchura, aparece, en letras de oro, la siguiente leyenda:

*Anverso:*

...INTEGRITATIS . IVSTITIÆ . QUE . ERGO... ∴

*Reverso:*

GRVDEBVNT . ETIAM — TE . REGE . MINORES.

*Exergo:*

MINORICA . BALEARIS

\* \* \*

El Dr. D. Francisco Sancho, que, según el Dr. Ramis, fué agraciado por el monarca inglés con tan hermosa distinción, fué efectivamente llamado a la Corte de Londres, en unión del Paborde y Vicario General de Menorca, Dr. D. Miguel Mercader, en calidad de Enviado extraordinario por las Universidades Menorquinas para el arreglo del buen gobierno que convenía implantar en esta Isla, en vista de las infructuosas gestiones practicadas aquí por Mr. Enrique Neal, Comisionado especial, llegado, con anterioridad, de Inglaterra para solucionar este asunto.

Los señores Sancho y Mercader se encontraban en Lon-

dres cuando acaeció el fallecimiento de la Reina Ana, en Septiembre de 1714 y fué coronado su sucesor en Octubre subsiguiente.

Nada de particular que los indicados Señores, como Comisionados por las Universidades menorquinas, fueran objeto de distinción por parte de la Corte y recibieran, en consecuencia, como recuerdo del fausto acontecimiento sendas medallas de oro conmemorativas de la coronación.

Lo que si ponemos en duda es de que el medallón, tal como hemos podido examinar y va descripto, constituyera el regalo regio de que nos habla el Dr. don Antonio Ramis y Ramis.

Ni lo grosero del trabajo de la pieza añadida, ni la mala calidad de su esmalte, ni la imperfección de las letras en que va redactada su leyenda, abonan los fundamentos de semejante suposición; antes al contrario, estos pormenores acusan, de manera indubitable, las características de una obra ejecutada en taller modestísimo, pugnando con la delicadeza de ejecución de la bellísima medalla que circundan.

Además, si no fueran suficientes estos detalles para llevarnos el convencimiento de que la pieza complementaria fué una aplicación caprichosa del poseedor de la medalla, bastaría a desvanecer toda duda el texto de la leyenda. En ella no es el Soberano quien se dirige a los menorquines; es el propio obsequiado que, agradecido a las bondades del monarca, exclama:

...INTEGRITATIS . IVSTITIÆ . QUE . ERGO ... ∴  
GAVDEBVNT . ETIAM—TE . REGE . MINORES .

es decir:

*Por razón de integridad y de justicia también se alegrarán de tu reinado los menorquines.*

Y nada de particular, tampoco, que, dado el caracter ceremonioso de los menorquines, nuestros antepasados, el Dr. Sancho quisiera hacer pública ostentación de su gratitud hacia el

monarca llevando pendiente sobre su pecho, en los actos oficiales a los que por su cargo debiera asistir, el valioso donativo recibido, si bien modificado en su conjunto según las exigencias del uso.

F. Hernández Sanz.

C. de las RR. AA. de la Historia  
y de B. A. de San Fernando,  
Cronista de la Ciudad.

Mahón, Agosto de 1922.

---

— • • • —

## Bibliografía

---

Sin otro elemento que la obra de don Ricardo del Arco *Las Calles de Huesca*, hemos recorrido imaginativamente esta ciudad, evocado su glorioso pasado, conocido sus hijos ilustres y apreciado la notable evolución de su organización urbana y de su vida social. Tal es el mérito grande de la obra que el ilustrado Cronista de la ciudad que distinguió Sertorio, ha trazado ajustándose al nomenclator que redactó un antecesor suyo y realizando el pensamiento que el mismo antecesor tuvo y no pudo iniciar:

Por obsequio del antiguo ateneista don Antonio Roca, catedrático del Instituto de Huesca, tenemos la citada obra en el Ateneo, agradeciendo a dicho señor su atención. Nosotros creemos que este trabajo es un modelo en su clase y no nos extendemos en las muchas consideraciones que nos sugiere, por no encajar en el corto espacio de que disponemos, pero no queremos omitir que la obra es de verdadera divulgación histórica no sólo interesante para los oscenses, sino para todos cuantos desean conocer lo que fué la España pretérita, y muy en especial el Reino de Aragón, en cuyos anales tanto influyó la existencia de la vetusta ciudad que nos ocupa.

R.

